

**Regionalismo y americanismo:
Grupo del Espinal en Galería Krass
(desde el 25 de octubre 2002)**

Por Beatriz Vignoli

A mediados de los años treinta, en Europa, el pintor y grabador uruguayo Joaquín Torres García realizó un gesto político rayano en lo mágico: dibujó un mapa de América del Sur al revés, con el hocico austral de Tierra del Fuego apuntando al norte. El sentido de este dar vuelta el mapa, en realidad, era ponerlo del derecho: así lo explica Torres García en “La Escuela del Sur” (1935), su primer manifiesto latinoamericanista, donde declara: “Nuestro norte es el sur”. Ya de regreso en Montevideo, fundó El Taller, dedicado a crear un lenguaje visual basado en la síntesis de elementos precolombinos y convenciones artísticas derivadas de movimientos del arte contemporáneo. El movimiento artístico resultante se llamó americanismo. En los años cuarenta coincidieron, en Montevideo, Buenos Aires y Rosario respectivamente: el manifiesto de Torres García “Universalismo Constructivo” (1944), la fundación de la revista Arturo, y el Grupo Litoral. De entre este último grupo fue Leónidas Gambartes el más americanista. En su serie de pinturas que tienen por tema la figura del payé, Gambartes rescata creencias míticas anteriores a la llegada de los españoles; lo hace en un lenguaje visual moderno, emparentado con el cubismo sintético parisino y con la escuela telurista de Chicago. Esta particular fusión de lo ancestral y lo nuevo, lo americano y lo europeo, hunde sus raíces en el gesto fundante de Torres García. Hacia allí se volvieron en los años setenta los artistas argentinos César Paternosto y Alejandro Punte, influyendo en artistas posmodernos de los ‘80: Elizabeth Aro, Alejandro Corujeira, César Belcic. Esa década vio resurgir el legado del Taller en la obra del grupo argentino Ojo del Río, compuesto por Adolfo Nigro, Alberto Delmonte y otros. (Alberto Delmonte expone desde el pasado sábado 9 de noviembre en las Galerías del Centro Cultural Parque de España, muestra de la que nos ocuparemos próximamente en esta página.) Según la crítica e historiadora de arte Mari Carmen Rodríguez, “Al dar vuelta el mapa sudamericano, Torres García ya había señalado la cualidad relacional de la noción de identidad. En otras palabras, sugería que un artista o individuo puede construir identidad cultural seleccionando aquellos elementos que correspondan a su experiencia en un determinado momento”.

En el principio fue la experiencia: con esta frase bíblica aggiornada se puede empezar a contar la historia en común –breve historia de apenas media docena de años– del Grupo del Espinal, que expone desde el 25 de octubre una selección de sus obras en la Galería Krass (San Martín 631, Rosario). Sus integrantes explican así el nombre del grupo: “Entre el Chaco y el Pastizal Pampeano está la Provincia del Espinal, territorio fitogeográfico en forma de gigantesca herradura que recibe este nombre por el carácter xerófilo de sus bosques, en los que dominan árboles espinosos: algarrobo, ñandubay, tala, espinillo, caldén, piquillín, chañar. Decidimos llamarnos Grupo del Espinal teniendo en cuenta varias razones: el Espinal abarca las provincias donde nacimos y vivimos. Hemos observado ciertas características de resistencia de este sistema (fitogeográfico) que por empatía concuerdan con nuestra labor plástica. También la misma intención de permanencia en el lugar que habitamos y desde allí la proyección.” El grupo, de una edad promedio de cuarenta años, está formado por tres matrimonios de artistas que vienen produciendo desde hace mucho tiempo en distintas ciudades del país. Adrián Carnevale y Luchi Collaud (oriunda de Hasenkamp, provincia de Entre Ríos) viven en Rosario; Gabriela Pertovt y Gabriel Villot son de Santa Fe, capital; Luis

Abraham y Rosa Audisio residen en General Pico, provincia de La Pampa, donde coordinan el Centro Cultural "A". Carnevale es básicamente escultor; el resto del grupo pinta. ¿Qué emparenta a estas seis personas, unidas por decisiones afectivas y éticas, como también por el azar, con la herencia americanista? Salvo por el hecho de agruparse, casi todo son diferencias. El Taller se basaba en postulados universalistas, abrazaba los lenguajes artísticos más contemporáneos, y estos eran abstractos. El pasado americano por recuperar era una construcción, una idea del mundo cuyo marco geográfico estaba muy lejos del Río de la Plata: nada menos que en la otra costa, cerca de la cordillera de los Andes.

Para El Espinal, lo americano es tan impredecible como íntimo. Luchi Collaud combina lo entrañable de la memoria individual con frisos que aluden a una condición humana colectiva. Gabriel Villot, cantante lírico profesional, pone frases en latín de un Requiem (misa de difuntos) entre inquietantes cuerpos embolsados que aluden tanto al caso particular de los detenidos-desaparecidos en Argentina como a la angustia en general. Tanto él como Audisio colorean algunos planos con diversas técnicas de estarcido. Rosa Audisio viene de una formación teatral. Los animales de sus cuadros podrían tener un antecedente en las máscaras que ella pintaba para la escena. Gabriela Pertovt pega pedazos de pantalones de jean sobre lienzos donde se desarrollan amplios planos decorativos basados en flores, un poco al estilo prerrafaelista de William Morris, sólo que con flores de ceibo en vez de lis.

"A pesar de ser urbanos –dice Rosa Audisio– el paisaje nos determina. Y eso uno no sabe en qué momento lo vuelca en la realización de la obra". El paisaje llega a la pintura de maneras no paisajísticas, pero tampoco abstractas. En común con el Grupo Litoral hay sólo una cosa: la voluntad de plasmar artísticamente un sentido de la experiencia que sólo puede nacer en el lugar donde se vive, que no es Nueva York ni ninguna capital europea; en el caso particular del Grupo del Espinal, la decisión excluye a la misma Buenos Aires, lo que los instala en una doble condición de periferia (o triple, si se considera que General Pico no es Santa Rosa de la Pampa). Lo común al grupo es un modo de presentar las imágenes que no proviene de la tradición pictórica occidental renacentista. En lugar de una escena, o de la composición tradicional, hay series de jeroglíficos que se reiteran como palabras en un poema. Cada uno de estos elementos figurativos es un ícono que sintetiza toda una zona de lo inolvidable: pueden ser símbolos patrios u objetos típicos argentinos (en Pertovt), masas de homúnculos o solitarios enseres ancestrales (en Collaud), flores, motivos indígenas, animales silvestres o fantásticos (en Audisio), animales domésticos con una fuerte carga simbólica, como gallos u ovejas (en Abraham, quien se reconoce deudor del arte pop y el conceptualismo), fragmentos de liturgia y fantasmas de traumas de guerra (en Villot, que pinta en una técnica muy próxima al dibujo). Y hombrecillos verdaderamente americanistas (mitad precolombinos, mitad Giacometti) en los esmaltes de Adrián Carnevale, quien sigue de cerca los pasos de Gambartes en su apropiación de lo mágico: las nuevas esculturas de Carnevale llevan todas el nombre de "huacos", porque el artista las considera objetos sacros.